

ENRIQUE LAGUERRE EN MIS RECUERDOS

Con motivo del homenaje que el 23 de abril de 1999 le rindiera al Maestro, la Fundación TODOS A LEER por su nominación al Premio Nobel de la Literatura de 1999.

Saludos a la Fundación TODOS A LEER, al Instituto de Cultura Puertorriqueña, a la Universidad de Puerto Rico y a todos los presentes.

Mi primer encuentro con Enrique Laguerre fue en 1945-1946 en el recién inaugurado proyecto de cursos básicos, conocido como Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, hoy Recinto de Río Piedras. Él impartía el curso de Español Básico. Me iniciaba yo en la Universidad, después de tres años de trabajo secretarial. (Me había graduado de la Escuela Superior Central de Santurce en la carrera de Comercio.) Había tenido allí la suerte de que Julita Córdova fuera la maestra de Español. Ella no se cómo lo lograba, pero introducía en el curso, la Literatura Española y Puertorriqueña. Y ése fue el comienzo.

Pero tres años como secretaria en un proyecto federal de la Segunda Guerra Mundial, son tres años. Y yo casi olvidé aquel comienzo. Sin embargo, con el encuentro con el Maestro, se reanudó el camino.

Para esa época se regó el rumor de que él había quedado viudo de su primera esposa. Hecho que lamentamos todas. Pero jóvenes al fin, vimos en él a un posible candidato para nuestras aspiraciones juveniles. Testimonio podrían dar de esto, Nilda Martínez, Nilda González (Ambas, se nos adelantaron, perdiéndose en el Cosmos), Oneida Rivera, Nancy Colón, Ludmila Trenche y Josefina (Fifa) Cintrón. Ésta la más bromista del grupo, solía desviar el tema del día con sus bromas, para hacer sonreír al Maestro, porque según decía,

—El "Profe" tiene una linda sonrisa.—

Opinión que también compartíamos todas.

Pero el Maestro era el Maestro. Sólo inspiraba respeto y cordialidad, porque el estudio y la creatividad eran siempre la orden del día en la clase.

En cuanto a mi, recapturé el tiempo perdido y de su clase salieron

mis incipientes cuentos: ANGEL LUIS y EL PANCISTA, que merecieron el elogio del Maestro, por lo cual él me estimuló a que siguiera estudios literarios. Para realizarlos, el aliciente fue la investigación y la lectura. Y casi lo estaba logrando...

No obstante, en el verano de 1946, mi excondiscípulo de Escuela Superior, Marcos Colón, me invitó a matricularme en el primer Taller de Teatro de Verano, que Poldín Santiago Lavandeerto iba a impartir en su recientemente inaugurado Departamento de Drama en 1941. Antes instalado en el "Assembly Hall" (Salón de Actos) detrás de la Torre de la Universidad, luego sede del Senado Académico. El Departamento de Drama había pasado al imponente Teatro de la Universidad.

Pues este Taller de Teatro de Verano y el hecho de que presencié la inauguración del Teatro Rodante Universitario, al aire libre frente a la Torre de la Universidad, hicieron que me quedara en el Departamento de Drama. Así que por culpa de Marcos Colón y de Poldín Santiago Lavandero, ya es historia todo lo que pasó después.

Por el momento sentí que traicionaba al Maestro, pero seguí adelante, tratando de hacer lo mejor de lo mejor, dentro de la literatura dramática, según mis limitaciones. Para mis compañeros teatreros dejé de ser Victoria porque me empezaron a llamar "Vicky".

Un día me encontré con el Maestro, por el campus universitario. Y me dijo:

—Ya se que la llaman "Vicky".—Pensé,

—¿Cómo se habrá enterado?—Y él continuó:

—Menos mal, porque ahora es usted más accesible. Lo de "Victoria" la hacía muy formal, muy fría, como la reina de ese nombre.

Bueno, pues esta "Vicky", nunca olvidó al Maestro. Mientras él seguía su trayectoria académica, convirtiéndose, no sólo en eminente novelista, sino también en ensayista, exégeta y humanista, yo, sin abandonar el Teatro, terminaba los cursos en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad, conducentes a la Maestría en Literatura. De ahí llegué a México, a la Universidad Nacional Autónoma, la UNAM, en busca de un Doctorado en Teatro.

Para la década del 80, en mi corta estadía como Directora de la Oficina de Fomento Teatral del Instituto de Cultura Puertorriqueña,

vuelvo a encontrar al Maestro, siendo él miembro de la Junta de Gobierno, tanto de esa agencia, como del Centro de Bellas Artes.

Y así, por diferentes caminos, paralela y tangente hemos sido parte del quehacer cultural de Puerto Rico, dulce amarga experiencia que compartimos hoy.

¡Gracias, Maestro, por dejar huella, al mostrarnos el camino!

Victoria Espinosa